

racion. El Gobierno, convencido de que durante el régimen revolucionario se habia atentado á los sagrados fueros de la justicia y menoscabado el respeto debido al derecho eclesiástico, tan importante y trascendental, tenia ya incoada una negociacion con Gregorio XVI para establecer un arreglo entre la Iglesia y el Estado. Cuando Pio IX subió al trono pontificio, el corazon de la España católica prorumpió en manifestaciones de alborozo y entusiasmo. El pueblo comprendió que aquel era el Papa deparado para devolver á la Iglesia la paz anhelada. Las simpatías del nuevo Pontífice para con la nacion española era públicas y notorias. Las esperanzas eran, pues, fundadas; los hechos no tardaron en realizarlas.

Por lo tanto la situacion de la España era relativamente consoladora. Lo mismo podemos decir de

LA BÉLGICA.

Las instituciones religiosas florecian en ella, y no habia planteada ninguna de aquellas cuestiones que revelan indecision respecto á la marcha imprimible á la sociedad. Sobre el pacto de las diferentes agrupaciones belgas vivian en paz y funcionaban los diversos partidos de la patria, y la Religion, á la sombra de una libertad profesada de buena fe, adelantaba rápidamente la conquista de las almas. El Episcopado católico, uno de los mas ilustrados del mundo, perfectamente unido en todo lo que al pastado se referia, no cesaba de levantar su voz, advirtiéndole á la santa grey los riesgos que corria no precaviéndose de la propaganda anticatólica, que, bien que de pacífica manera, venia ejerciéndose. El magisterio de los obispos gozaba de una influencia incontrarrestable sobre la inmensa mayoría del pueblo belga.

De ahí que mientras otras naciones, especialmente Francia y Suiza, se alarmaban al oír la palabra *jesuita*, en Bélgica el mismo rey Leopoldo, á pesar de su Constitucion y de los partidos en que naturalmente se divide toda nacion constitucionalmente regida, pudo decir, al visitar el establecimiento de Padres de la Compañía en Namur: «Siento un placer indecible al hallarme entre vosotros... sé que dais á vuestros estudios buena y sábia direccion... trabajad bien, señores; la juventud necesita de buenos principios, y nada importa mas, especialmente en nuestros dias, en que tanto se trabaja para propagar los malos, y en que se procura excitar las pasiones... Lo que me complace sobre todo es la educacion verdaderamente nacional que dais á la juventud; continuad educándola en este mismo espíritu, y será el sosten de la patria.»

Así habló el Rey de los belgas á los Padres Jesuitas de Namur. Hemos juzgado oportuno trasladar aquí sus palabras, ya porque ellas son un dato de valor para apreciar el espíritu de imparcialidad de aquel Gobierno en la época que nos ocupa, y el sentido general de la nacion; ya tambien porque son un brillante certificado de la inteligencia, ilustracion, celo y patriotismo de los Padres de la *Compañía de Jesús*, librado por un soberano tan competente y autorizado como Leopoldo I, el hombre respetado por todas las artes y soberanos, á cuyo tacto los Gobiernos de Europa repetidas veces confiaron la solucion de pependencias que pudieran ser funestas, el hombre que no podia ser tachado de fanático, pues no pertenecia á la religion católica, aunque la respetaba, y además era soberano que regia en virtud de una de las mas li-

berales constituciones. Pues bien, cuando aquel hombre, á quien la Europa contemporánea llamaba modelo de reyes, dijo en alta voz á los Jesuitas: *Continuad educando á la juventud por el sistema y segun el espíritu en que la educáis, y así será el sosten de la patria*, dió testimonio de no participar de las preocupaciones de los suizos y franceses, y sus palabras reivindicaron la gloria que con indignas calumnias habian pretendido ciertos adversarios desleales ofuscar en la frente de los Jesuitas.

Verdad es que desde la cuna de la Compañía los Jesuitas de aquel país se distinguieron por la pureza y ardor de su espíritu apostólico, y que el mismo san Francisco Javier escribió desde la India á san Ignacio de Loyola: *Enviadme belgas*.

De todos modos, queda indicado que la Iglesia de Bélgica, á la que esperaban mas tarde terribles tempestades, disfrutaba un periodo de paz al orientar el pontificado de Pio IX.

Digamos algo de

LA HOLANDA.

Sabido es que la Holanda, como la Inglaterra, se halla oficialmente separada de la Iglesia católica. Á principios del siglo todo holandés fiel á las doctrinas de Roma era objeto de una persecucion desatada: ni las reuniones religiosas, ni los signos exteriores del culto eran por motivo alguno tolerados; un libro devoto, un rosario, eran objetos que comprometian al que en su poder los retenia. Y sin embargo á mediados de 1844, es decir, dos años antes de subir Pio IX al pontificado, el Sr. Palau pudo escribir ocupándose de la Holanda: «El rey actual Guillermo IV, firme en su sistema de moderacion, de libertad y de tolerancia en materias religiosas, ha continuado dispensando á los católicos toda la proteccion debida. Consecuente en su sistema, ha autorizado á los católicos de Zandberg y á los de Onstwedder-Mussel para formar entre sí una comunidad ó asociacion á fin de atenderse y estimularse recíprocamente en sus necesidades religiosas... ni se ha contentado el rey Guillermo con una autorizacion, que no vendria á ser mas que un efecto de tolerancia, sino que ha querido influir positivamente, concediendo un socorro del Gobierno de 5,800 florines para la construccion de una iglesia y presbiterio, ó curato, asignando además una pension anual de 800 florines al cura destinado al servicio de aquella Iglesia.»

El ejemplo del Rey encorazonó á los católicos, y pronto brotaron por donde quiera templos consagrados al Dios vivo, que atestiguaban la resurreccion de la verdadera sociedad católica en Holanda.

Gran parte de los frutos obtenidos para gloria de JESUCRISTO en aquel país fue debida á la constante evangelizacion sostenida por los infatigables hijos del inmortal Alfonso de Ligorio, los Padres Redentoristas.

Tal era la halagüena tendencia de aquel pueblo, que, si bien sumergido aun en su inmensa mayoría en las sombras del error y de las preocupaciones, empezaba á no sentir para la luz y la verdad la repugnancia que de siglos á esta parte por ella sentia, y que la impedian estudiar la verdadera Religion, y por lo tanto conocerla.

El advenimiento de Pio IX al pontificado no pudo menos de favorecer las excelentes disposiciones del espíritu de una gran parte de la Holanda.

ITALIA.

Aquel país es en todo lo que va de siglo el gran teatro, escogido por la revolución, para agitar la Europa. La Italia y el Oriente han tenido el privilegio de relacionar su causa con todos los movimientos importantes del siglo. En los planes sobre la Italia han descollado siempre dos ideas, la política y la religiosa. Los políticos italianos han aspirado á fundar la unidad nacional; los sectarios de aquellos países han explotado la cuestion política en contra de los derechos é intereses del Pontificado, que son los de la Iglesia católica. Necesitaríamos un tomo para trazar la historia de la revolucion italiana; sin embargo debemos limitarnos á consignar que á la muerte de Gregorio XVI la efervescencia de los espíritus alcanzaba uno de sus períodos álgidos. Ya los revolucionarios se habian fijado en la dinastía de Saboya, en cuyos vástagos no puede desconocerse cierta ambicion apasionada, para valerse de ella como bandera é instrumento del vasto plan sobre la Italia concebido.

Cárlos Alberto habia hecho los primeros ensayos, y su régia casa tenia adoptada la bandera de lo que se llamaba la futura regeneracion italiana. En otro capítulo hablaremos mas extensamente de las doctrinas y aspiraciones de *la joven Italia*, sociedad que llegó á ser una vasta, y bien podemos decir irresistible, conjuracion contra la organizacion italiana.

Desgraciadamente los duques y demás soberanos de aquella península no conocieron la inminencia del peligro, ni supieron desplegar la prudencia y las virtudes cívicas indispensables para el triunfo. El suelo temblaba bajo las plantas de los soberanos y de las instituciones en que se apoyaban, y el edificio italiano solo se hallaba apuntalado con las bayonetas del imperio austríaco.

Sucesivas insubordinaciones y motines revelaban la permanencia del foco en las entrañas de aquel país, para el que todos los pensadores creian inevitable, á no mediar especial milagro, una explosion trastornadora.

Al subir Pro IX las gradas del Vaticano, una fiebre latente devoraba el corazon de su patria y consumia sus miembros. Ya Roma habia creido deber llamar la atencion de los Gobiernos exteriores y de los príncipes italianos sobre la peligrosa marcha que se dejaba seguir á los acontecimientos. Los resultados no se hicieron esperar mucho; los soberanos de Italia han caido uno tras otro al empuje de las pasiones revolucionarias, no quedando de lo antiguo mas que el trono de Cerdeña, al que la revolucion ha permitido fuéran reuniéndose los cetros caidos, para echarlos á todos juntos en el Tíber, cuyas aguas no están acostumbradas á besar mas piés que los del Capitolio, alcázar de la república universal, ó del Vaticano, santuario del pontificado universal.

No es necesario entrar en mas detalles sobre la situacion de la Italia al advenimiento de Pro IX, pues naturalmente, estando Roma tan íntimamente unida á la causa de Italia, deberémos ocuparnos de todas las fases de los acontecimientos que tuvieron lugar en aquel país, á medida que vayamos desenvolviendo la vida pontificia del que, si con justicia lleva el título de padre de las naciones en general, de una manera particular es llamado el *padre de la Italia*.

AMÉRICA.

Aunque pudiéramos detenernos en describir la situacion de algunos otros países de Europa en 1846, como por ejemplo la de *Portugal*, la de *Baviera* y la de *Suecia*, lo que indicado llevamos nos parece bastante para que se pueda juzgar de la actitud respectiva de los diversos países con relacion á los principios del orden, que son siempre en el fondo los principios del Catolicismo. Tambien el *Oriente* pudiera haber sido el tema de algunas consideraciones; empero ellas se hubieran reducido á consignar que el espíritu y el celo de los católicos sostenia alta, junto á la cuna de la redencion del mundo por JESUCRISTO, la bandera del reconocimiento de la cristiandad, y por otra parte el espíritu cismático de la Rusia no dejaba de acechar la oportunidad propicia para extender su predominio sobre aquellos lugares especialmente llamados *santos*.

No podemos sin embargo prescindir de volver las miradas á la América, y reseñar, aunque no sea mas que á grandes rasgos, la actitud de aquellas vastísimas repúblicas.

La *Nueva-Granada*, que atravesaba un período de calma, recibia con palmas y laureles una pléyade de apostólicos jesuitas que, de Europa procedentes, aportaban á aquellas regiones para educar á la juventud ávida de ciencia é ilustrar al pueblo con la salvadora palabra del Evangelio.

Las reseñas de la llegada de aquella fervorosa colonia revelan que no podia demostrarse mas entusiasmo en el recibimiento del primer monarca de la tierra.

Al paso que *Nueva-Granada* demostraba la energía de sus convicciones católicas con el cordial recibimiento dispensado á los Padres de la *Compañía de Jesús*, el Gobierno de Catamarca en su decreto del 21 de agosto de 1844 restableció la misma Compañía, devolviéndole el colegio de Guasan con todos los bienes que le pertenecian.

Como á documento que por sí solo revela el espíritu y la fisonomía de un período determinado de la vida de un pueblo, vamos á reproducir el *parte del Gobernador general de la provincia de Catamarca al Superior de la mision comunicándole el decreto de la Asamblea*.

«EL GOBIERNO. — ¡Viva la Confederacion argentina! — Al R. P. Juan Gandesagui, superior de la mision. — Con fecha 17 del presente mes recibió este Gobierno un oficio de la H. A. de la provincia, cuyo tenor es el siguiente: — ¡Viva la Confederacion argentina! Catamarca agosto 17 de 1844. — Al excelentísimo señor general D. Santos Nieva y Castilla, gobernador y capitán general de la provincia. — Con esta fecha ha sancionado la H. Junta RR. el adjunto decreto con valor y fuerza de ley. Su contenido no es como aquellos que los cuerpos deliberantes suelen expedir en las violentas vicisitudes de los pueblos; él es obra de la paz y quietud de que hoy felizmente goza el pueblo catamarqueño por el favor del cielo y de los esfuerzos y fatigas de V. E. Cuando los HH. RR. han sancionado la admision de los beneméritos Padres Jesuitas en la provincia que representan, y la dotacion de algunas fincas de ella para que puedan vivir, ha sido despues de estar firmemente persuadidos de que este era el voto uniforme de sus comitentes. Las demostraciones de alegría que se han repetido, y han sido bien públicas, han comprobado que el

juicio que habian formado no ha sido equivocado. Baste, Señor, indicar que luego que terminó aquella célebre sesion, un crecido número de señoras y ciudadanos de la mas alta reputacion entró en la sala de los representantes á felicitar á los diputados, quienes con dulce emocion han oido sus expresiones gratulatorias. La generacion presente no ha olvidado las anécdotas que los hijos oyeron á sus padres en honor de los antiguos Jesuitas, y ha visto que los que ahora la divina Providencia ha traído al país observan el mismo instituto, y que son igualmente amables, sábios y virtuosos. Los catamarqueños esperan con fundamento que tan dignos religiosos serán útiles á la Iglesia y á la patria; á la Iglesia cumpliendo exactamente su ministerio; á la patria educando á la juventud en sus deberes morales y sociales.—Los señores representantes han dispuesto tambien que se celebre una misa solemne en accion de gracias por tan plausible acontecimiento, con asistencia de las corporaciones religiosas, civiles y militares y demás vecindario, debiendo asimismo iluminar la ciudad las noches de la víspera y del dia en que se celebre aquel acto. Todo lo que de orden de la soberana Asamblea comunico á V. E. para su inteligencia. Dios guarde, etc.»

No hubiera podido celebrar aquel pueblo con mas esplendidez la noticia de una victoria extraordinaria de las armas de su república, de la que empleó para solemnizar el retorno de los hijos de san Ignacio.

De tal manera una república de América prestaba homenaje á las virtudes cívicas y religiosas de los Jesuitas, mientras el abate Gioberti en Italia, y Thiers en Francia, los combatian y calumniaban para adular á las carcomidas monarquías que servian.

Méjico conservaba tambien el espíritu católico que nuestros antepasados le habian infundido junto con las semillas de la civilizacion. La independencia política no habia trascendido á la region religiosa, á lo menos en lo que respecta á la sumision á la Iglesia; y á medida que el nuevo orden de cosas se consolidaba, el pueblo volvía á la tranquila práctica de su religiosidad.

Mientras los Jesuitas eran recibidos en triunfo en la república argentina, en Méjico alcanzaban igual distincion las Hermanas de la Caridad y los hijos de san Vicente de Paul. Muchedumbre de niños é indios agitando verdes palmas clamaban: *¡Benditos los que vienen en nombre del Señor!*

«Nuestra entrada en Puebla, decia el Sr. Sanz, eminente paul que no ha mucho descendió al sepulcro, fue todavía mas majestuosa que la de Amozoque: un cuarto de hora antes de llegar á la ciudad salió á recibirnos todo lo mejor y principal de ella. Una multitud de coches y de caballeros montados, á quienes seguian mas de seis mil personas del infimo pueblo, obstruian nuestro tránsito, y solo despues de mucho tiempo pudimos entrar en las calles de la ciudad, cuyos balcones se hallaban todos ricamente entapizados. Creo que mas de veinte mil personas fueron las que salieron á nuestro encuentro, y que hubieran hecho del todo intransitables las calles, si la tropa que las cubria no nos hubiera abierto camino.»

El representante de España en aquella república se creyó en el caso de comunicar á nuestro Gobierno el brillante triunfo obtenido por las Hermanas de la Caridad; «recibidas triunfalmente en los pueblos por donde pasaban, decia nuestro representante, encontraban cordial acogida en Méjico, donde una de las personas mas notables por su nacimiento, su riqueza y su virtud, la condesa viuda de Cortina, se declaró su protectora.»

El Gobierno mejicano expidió un decreto que contenia estos dos artículos: 1.º Serán libres en toda la república del derecho de amortizacion los capitales que se funden, fincas que se compren y cualquier clase de donacion que se haga en favor del instituto de las Hermanas de la Caridad. 2.º Se dispensa con el mismo objeto la alcabala y cualquier otro derecho que pertenezca al erario por el término de diez años, contados desde la fecha que se establezca el instituto en una poblacion.»

Verdad es que, al través de estas disposiciones tan favorables á los sentimientos católicos de las mencionadas repúblicas, la de Guatemala caminaba por opuesta senda, y declaraba guerra abierta al instituto de los Jesuitas que era recibido triunfalmente por sus repúblicas compañeras. Mas, ¡cosa triste para la Europa! la Asamblea constituyente de Guatemala apoyó su decreto de abolicion «en el daño causado al estado civil y eclesiástico en Francia, Bélgica y los cantones suizos.» De esta manera las calumnias esparcidas en Europa trascendian á América, y los detractores contraian la responsabilidad de una doble desgracia.

Los *Estados-Unidos* ofrecian un cuadro risueño en esperanzas; los misioneros partidos de todos los puntos de Europa para evangelizar aquellas inmensas regiones cosechaban los frutos de sus sudores. Tambien la emigracion irlandesa cooperaba á formar el núcleo de la sociedad creyente de los Estados-Unidos, pues los irlandeses, á semejanza de los israelitas, donde quiera que van, llevan consigo el arca santa de sus tradiciones y de sus esperanzas.

En aquel país la Iglesia es verdaderamente libre; su independencia del Estado no es una fórmula para cubrir y disfrazar la opresion y la esclavitud del Estado sobre ella. No; allí, hasta hoy, por lo menos los derechos religiosos de los católicos han sido reverenciados al igual de los de los secuaces de otras banderas. El Catolicismo debe luchar contra los errores y las pasiones que el espíritu del mal doquiera suscita; frente de sí tiene la propaganda protestante, inteligente y activa mas allí que en otras partes; empero las terribles dificultades que suscita la hipocresía política, la Iglesia católica no las encuentra en los Estados-Unidos. Mas la lucha no espanta á la Iglesia, que Dios ha constituido para la lucha, y que se gloria de llamarse *militante*. Así se explica como, al advenimiento de Pio IX al pontificado, los Estados-Unidos contaban veinte y una diócesis casi todas creadas en el decurso del siglo.

Largo seria el catálogo de los templos que en aquella época se erigian en aquella parte de América, entre ellos algunas catedrales que pueden sostener con los mas notables de Europa honrosa competencia.

Las doctrinas católicas eran sostenidas con un empeño é inteligencia dignos de tan santa causa. En Nueva-York, Filadelfia, Baltimore, Pittsburgo, Nueva-Orleans, Montreal y Quebec salian á luz periódicos católicos que, en el palenque diario, sostenian la lid religiosa enfrente de las publicaciones protestantes y de las elucubraciones racionalistas. Amaestrados en el sistema de propaganda adoptado por la Sociedad bíblica, facilitaban los católicos la circulacion de las hojas y libros sanos, llevando á todas las manos por medio de activos *buhoneros* el alimento de la vida para contrapesar el veneno de muerte que se les prodigaba.

El concilio de Baltimore celebrado en 1841 determinó fundar una vasta imprenta católica, sostenida con fondos de la Iglesia, montada á la altura de los

adelantos tipográficos; y su resolución no tardó en efectuarse, creándose un manantial de admirable controversia y purísima apología en el seminario de Santa María de la misma metropolitana ciudad. Toda obra católica reconocida ortodoxa por un consejo teológico, compuesto de los profesores del seminario, es al punto entregada á la imprenta metropolitana y esparcida entre los fieles.

Estando prohibido todo lucro, la imprenta metropolitana vende las obras al precio de su coste, facilitándose de este modo la propaganda.

Gracias á tanta actividad, á celo tanto, el número de conquistas obtenido entre las almas obcecadas ó extraviadas era ya en aquella época altamente consolador. Jamás las conversiones al Catolicismo, decia el *Correo de los Estados-Unidos* en julio de 1844, han sido mas numerosas que en este año, sobre todo en el Oeste de la América septentrional...; el clero católico, añadía, por su educación superior y por la prudencia de su conducta se halla á la altura de su misión triunfante. Y en efecto, tan eminentes cualidades atraían á la Iglesia de Dios, no solo á multitud de personas sencillas, como pertenecientes al vulgo, sino distinguidos miembros del clero protestante y personas notables por su posición social y fama científica.

Eran tantas y tan ruidosas en aquellos días las conversiones, que llegó á cundir la alarma entre los adeptos de las sectas, hasta el punto de que en 1845 un periódico presbiteriano de los Estados-Unidos escribía: «La asamblea general presbiteriana ha recomendado la observancia del jueves antes del cuarto domingo de junio, como un día de oración y de ayuno con motivo de la actual suspensión de la influencia divina entre sus iglesias.»

¡Elocuente confesión de la decadencia de las sectas separadas del centro de unidad y de vida!

Las anteriores pinceladas nos parece que son suficientes para dar una idea general de la situación de la Iglesia en el período que nos ocupa. La América del Norte tenía, pues, mucho que esperar de la inteligencia y cualidades del nuevo Pontífice. Estando los progresos de aquella iglesia casi exclusivamente basados en el espíritu apostólico del sacerdocio, un Papa en el que el ardor del apostolado descollara, había de ser el Papa á ella mas conveniente.

La América recibió con transportes de alegría la noticia de su elección.

Dirigiendo ahora una mirada retrospectiva al conjunto de datos que hemos coleccionado en los anteriores párrafos ó artículos, obtiéndose la convicción, ilustrada por los hechos, de que la Iglesia católica, lejos de haber entrado en un período de decadencia á causa de los combates y oposición de que era blanco, tenía vida y fuerza para llevar adelante su idea salvadora. En la guerra que en algunos puntos debía sostener, y en la paz que en otros disfrutaba, la Iglesia de JESUCRISTO demostraba ser hija de Aquel que había dicho: *Yo vengo á daros una paz que en vano el mundo os promete, porque no la posee; hijo de Aquel que había también dicho: Yo vengo á traer fuego á la tierra; ¿qué he de querer, pues, sino que arda?*

Íntegra despues de tantas seducciones, inmortal despues de tantos combates, llamada é invocada despues de tantas intimaciones y asechanzas, la Iglesia de JESUCRISTO sentía sobre sí la gracia de una nueva confirmación en el acrecentamiento de sus fuerzas y en la experiencia de su admirable vitalidad.

Esta visible protección de Dios sobre la Iglesia se manifestó con especial esplendor en la elección de Pro IX. Se nos había dicho en los últimos años de Gregorio XVI: *Guardad bien vuestro Papa, porque ya no tendréis otro*; y tal era en verdad el decreto de los malos; pero, al morir el Papa, que debía ser el último, surge otro del seno de la Iglesia, y este otro, que no debíamos ver, reúne en sí virtudes y cualidades extraordinarias; y este otro, que no debía aparecer, lejos de ser un papa *pro formula* y que revelara en la inactividad de su carácter y la inacción de su ministerio la decadencia de la institución, viene dotado de la mayor lozanía y actividad del espíritu y dispuesto á sorprender al siglo de la actividad y de las grandes empresas con la importancia de sus empresas y el prodigio de su actividad; este otro, que no debía venir, viene con una decisión y un celo propio del primero, llevando en el corazón un volcán de amor y de vida, para despertar con sus explosiones á la parte dormida de la sociedad creyente; llevando en la inteligencia las mas brillantes demostraciones de la verdad, para disipar con su luz las nebulosidades de la duda; ese otro, que no debía venir, viene, y Dios, para confundir á los que habían dicho *no tendréis ya Papa*, da á la Iglesia un Papa que vivirá mas que los demás papas, y que regirá en la sede romana mas tiempo del que desde ella gobernó Pedro.

Las profecías de los impíos quedaron confundidas; confirmadas fueron en medio de nosotros las promesas del Señor.

El nuevo Papa echó una mirada á la redondez de la tierra; vió las batallas que en ella el bien y el mal, el vicio y la virtud, la fe y la incredulidad estaban librándose; y confiando en el Dios que le había elegido, invocando los siete dones del Espíritu del amor, de la verdad y del poder, empezó el pontificado mas azaroso que la Iglesia registra en sus anales.

Al tomar posesión de la augusta nave del Catolicismo, el barómetro social marcaba tempestad y borrasca; el firmamento se hallaba en armonía con el barómetro; donde las pasiones no herían con el rayo de su vibrante electricidad algo de lo que habían escogido por blanco de su encono, advertían con su sordo mugido que la hora del estallido iba á sonar.

No obstante, el piloto elegido extiende con sorprendente serenidad su brazo, y empuñando el timón de la nave que lleva el tesoro de las doctrinas salvadoras del mundo y el arca de sus gloriosos destinos, dice: ¡Partamos!

Y ¿hacia dónde? hacia la tormenta.

Aplicase con justicia el *duc nos in altum* de JESUCRISTO, y dirige la nave mar adentro, á pesar de las tempestades sobre el mar del tiempo desencadenadas. Donde las olas rugían con mas furor, donde las aguas convertidas en montes gigantescos presentaban como impracticable la navegación, hacia el punto mas inaccesible al Pontificado allí se dirige Pro IX.

Todas las tempestades se formaban con las olas de la *libertad* y con los mugidos de la *reforma*; pues vamos hacia la *reforma* y hacia la *libertad*, dijo el gran piloto; yo me acercaré á estas regiones inaccesibles, y yo confundiré con mi conducta las vanas protestas y las impías amenazas. Armado con el pararrayo de mi fe en Dios y de mi amor hacia los pueblos, no temo las furias de la eléctrica chispa. Á los que han clamado: *No habrá mas Papa*; yo les diré: *aquí tenéis al nuevo Papa*; y á los que han dicho: El Papa y el siglo son incapaces de entenderse; les diré: Entendámonos; apoyado en el cielo desafiaré to-

das las furias de la tierra, y á los que han jurado no perdonar nada en la Iglesia, ni de la Iglesia, en el dia de su triunfo, yo les perdonaré en el dia de mi exaltacion.

Pio IX inauguró su pontificado de una manera sorprendente; ningun papa habia subido con mas decision á la cátedra de san Pedro y al trono de Gregorio VII. Veámoslo.

CAPÍTULO X.

PRINCIPIOS DEL PONTIFICADO DE PIO IX.

EL primer cuidado de Pio IX, despues de haber recibido la obediencia de los cardenales, fue el notificar á sus hermanos su elevacion á la silla de san Pedro, lo que hizo en la noche del mismo dia de su eleccion, por la carta siguiente:

«Roma 16 de junio á las once y tres cuartos de la noche.

«El buen Dios, que humilla y exalta, se ha dignado elevarme de la nada á la mas sublime dignidad de este mundo. ¡Cúmplase siempre su santísima voluntad! Siento el inmenso peso de tal cargo; siento igualmente la insuficiencia extrema, por no decir la absoluta nulidad de mis fuerzas. Gran motivo para orar; y vosotros tambien orad por mí. El conclave ha durado cuarenta y ocho horas. Si la ciudad quiere hacer en esta circunstancia una demostracion pública, tomad las medidas necesarias. Mi vivo deseo es que la suma que para ello se destine se emplee en algun objeto de utilidad general, segun acuerden los jefes de la ciudad. En cuanto á vosotros, amados hermanos, os abrazo de todo mi corazon en JESUCRISTO; y, léjos de regocijaros, tened compasion de vuestro hermano que os da á todos su bendicion apostólica.»

Es necesario convenir que entre todos los acontecimientos que hacen memorable al siglo XIX, que se ha distinguido de los que le precedieron por sus grandes adelantos en las ciencias naturales, por el desarrollo de la industria, por sus brillantes exposiciones artisticas debidas á la facilidad de las comunicaciones, por la estrepitosa caida de los tronos seculares y por desastrosas guerras sostenidas por la ambicion, hay uno que ocupa el primer lugar, que es seguramente el mas notable por sus consecuencias. Nos referimos al advenimiento de Pio IX al trono de san Pedro. No solamente la Ciudad eterna, sino